

ba; también otros particulares curiosos, como su enemistad con su cuñada, que era a la vez su madrastra, etc. Pero nos ofrece, además, un pormenorizado relato histórico de la época, un cuadro de la sociedad, las guerras, los problemas sucesorios de la monarquía (que se relacionan alguna vez con hitos de la vida de Jorge Manrique), un estudio de la obra del poeta, un epílogo sobre su muerte, etc. En general, todo esto le da al libro un carácter algo heterogéneo, sin que ello signifique que no esté bien estructurado y bien trabajado. Supone en sí una detenida labor de investigación, aunque tal vez sus fines no sean proporcionados a la tarea propuesta. Es una obra simplemente no especializada, y dirigida a un público incierto. No puede ser de interés fundamental para un historiador, ni para un investigador literario, ni tampoco, por su mucha erudición, un libro para el gran público.

La intención declarada, "leer el poema desde dentro del autor y a su vez leer al autor desde el poema" y, sobre todo, "vivificar su nombre" (p. 49), creo que se desvirtúa un poco al perderse la figura de Manrique en un mundo de historia que a veces sofoca casi completamente su poesía. Como afirma Serrano de Haro, los datos biográficos sobre el poeta son pocos, y aunque él, tras una plausible y concienzuda búsqueda, ha conseguido algunos "escasos" más, no son todavía suficientes para llegar a afirmaciones o especulaciones tan concretas como éstas: "no creo que ofrezca dudas la religiosidad de Jorge Manrique" (p. 73); "seguramente le faltaba atractivo" (p. 79); "el mundo femenino... le daba una inseguridad..." (p. 79), etc. El "antisemitismo" de la familia Manrique (p. 131) ¿se distinguía acaso de la corriente general de la época? Por otra parte, el desmenuzamiento, casi físico a veces, de la vida del poeta lleva a conclusiones un tanto decepcionantes. El autor duda, por ejemplo, que puesto en otra época, en otro ambiente, y sin el anhelo de fama que distinguía a todos sus contemporáneos, Jorge Manrique hubiese sido un poeta (p. 265). ¿Es posible llamarlo un gran poeta, uno de los más grandes de España, si su inspiración obedecía sólo a una "moda" temporal?

Terminaré con algunas observaciones sueltas. Afirma Serrano de Haro (no sin cierto regocijo) que Manrique no fue un poeta culto: no hay —dice— ninguna prueba de que estudiara latín o italiano, por ejemplo. Y, contradiciendo a Pierre Le Gentil, para el cual la cultura de Manrique es equiparable a la de Mena, hace un rápido recorrido de los latinismos que figuran en su obra, para concluir que son comunes a otros escritores de la época. En cuanto a la comparación de nuestras vidas con los ríos, afirma que no tiene más antecedente que un pasaje del Canciller Ayala (p. 280). El juicio de Stephen Gilman sobre las *Coplas* —que no serían un canto a la muerte, sino un canto a la vida— es rechazado tajantemente: "Y si ante la opinión de Gilman cabe una discrepancia en el grado de valoración del contraste, no creo que quepa en la apreciación de su sentido mismo" (p. 302). Una parte del capítulo cuarto se dedica a un análisis más particular de las *Coplas*. Pero este análisis se difumina en conceptos generales, cuando no en comentarios que en el mejor de los casos se quedan en la esfera subjetiva, como éstos: "La composición de las *Coplas* recuerda al Entierro del Conde de Orgaz... En las *Coplas* el escalofrío es digno por ascético, no está plenamente redimido por la gracia... ¡Cuánto más tangible la inmortalidad humana en el cuadro que en el poema!" (p. 319).—PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE (Universidad Iberoamericana).

LEIF SLETSJÖE, *Sancho Panza, hombre de bien*. Instituto Ibero-Americano, Gotemburgo; Ínsula, Madrid, 1961; 136 pp.—El título de este ensayo promete

un enfoque interesante del personaje cervantino. Sin embargo, la promesa no se cumple, ya que Sletsjöe utiliza la figura de Sancho únicamente como instrumento probatorio de una tesis que puede sintetizarse como sigue: al revés de Don Quijote —personaje bien trazado en su evolución psicológica a través de toda la novela—, Sancho está mal delineado, con “pinceladas que añade Cervantes acá y allá” (p. 100); presenta, entre la parte I y la parte II del *Quijote*, una “ruptura” (p. 99) que nos hace ver que se trata de “dos Sanchos” (p. 98) y no de uno. Como, además, en casi todo el libro de 1615 Cervantes hace a Sancho protagonista, pues “ha dejado en la sombra a Don Quijote” (pp. 102 y 103), “es más justificable hablar de dos novelas y no de una sola” (p. 103). En la parte II, en efecto, las intenciones de Cervantes han variado y consisten principalmente en una crítica político-social “dirigida contra la gente acomodada que se burlaba de los pobres” (p. 102). Cervantes “tenía algo que decir de lo suyo, ciertas censuras que hacer, y ¿cómo mejor hacerlas que en una «continuación» de la novela sobre la vida del caballero? Se me antoja que no se podía valer aquí del propio Don Quijote... Pero el escudero estuvo a su plena disposición” (pp. 103-104).

La tesis anterior, de suyo inaceptable, convence menos aún a través del procedimiento demostrativo de Sletsjöe, que él mismo explica como sigue: “Reunimos en distintas secciones las citas que conciernen a las características más salientes de Sancho, y en cada una de ellas hacemos un apartado con «1605» y con «1615». Luego discutiremos el material así presentado” (p. 17). Es decir, mediante la comparación de citas del primer *Quijote* con otras del segundo, Sletsjöe pretende poner en evidencia la dualidad de Sancho Panza. Este procedimiento comparativo resulta ineficaz: el autor selecciona sus citas de manera arbitraria e incompleta. Así, por ejemplo, cuando trata de probar que el “segundo Sancho” es codicioso, opone siete citas o referencias de 1615 a una sola de 1605. Aquéllas no son ni siquiera las más representativas para los propósitos de Sletsjöe, y ésta hubiera podido multiplicarse para hacernos ver que el escudero se muestra igualmente codicioso en ambas partes de la novela. De la misma manera procede Sletsjöe cuando trata de cualquiera de las otras “características más salientes” del personaje.

Por otra parte, la afirmación de que “Cervantes no se podía valer del propio Don Quijote” para criticar a la sociedad de su tiempo, es muy deleznable. ¿Acaso Cervantes no censuró con eficacia, y en asunto espinoso, cuando el caballero se defendió de las acusaciones del clérigo cortesano de los Duques (II, 32), y en muchos otros lugares del segundo *Quijote*, como el de los consejos al futuro gobernador?

En conclusión, la tesis de Sletsjöe no logra convencer en ninguno de sus aspectos. Está basada en el análisis, ingenuamente tendencioso, de un solo personaje, sin tomar en cuenta las demás criaturas novelescas y las situaciones y circunstancias que determinan la unidad total de la obra; hay parcialidad en el empleo de las citas cervantinas; y existe una gran dispersión —a lo largo de todo el estudio— en la exposición de sus conclusiones fundamentales. Finalmente, el ensayo no da la prometida visión de Sancho como “hombre de bien”. En este aspecto, el autor reconoce honestamente: “Pero si pongo tanto interés en Sancho, eso sea dicho para mayor claridad, lo hago principalmente porque el examen del escudero podrá decirnos mucho de la manera de pensar y escribir del propio autor...” (p. 14), es decir, de Cervantes. —TERESA AVELEYRA (El Colegio de México).

BERNARDO GICOVATE, *Conceptos fundamentales de literatura comparada. Iniciación de la poesía modernista*. Eds. Asomante, San Juan de Puerto Rico.